

CAPÍTULO XIII

LA ISLA DE ULISES.—EL DÍA DE LEPANTO

Como naves cargadas de flores y frondas, al aire esparciendo los desmayados olores setembrinos, espesos del mosto que reventaba en los dorados parrales, las islas Jónicas parecían navegar de Albania á Sicilia, dudando entre la belleza de una y de otra costa. Caliente soplabá el aire de la Gran Sirte, hinchando las velas hacia el Adriático. Las galeras venecianas recorrían el mar Jónico y se acercaban al canal de Otranto, como quien abre la puerta de su casa para entrar en ella. El turco había doblado la costa de Morea; se le había visto desde Cefalonia y desde Zante. Prudentes los venecianos, aconsejaron á Don Juan tomar un reposo antes del ataque, y se encaminó la escuadra á Corfú, donde la gran ensenada ó laguna de Govino podía abrigar á la escuadra mientras se disponían los últimos apercebimientos.

La galera *Marquesa* navegaba alegremente por aquellos sitios. Entre los marineros y los hombres de guerra que llevaba, pronto escuchó Miguel un idioma que canto dulce parecía: certificó ser griego, y aun cuando él no lo entendía, luego, evocadas por tal música las bellas imágenes de la poesía antigua, le llenaron de contento. Divagando por entre una y otra isla, no tardaron las naves en llegar á la de Corfú. Inefable emoción inundaba el alma del joven soldado; no vayáis á pensar que era la misma ansia que siglos más tarde guió por aquellos sitios al gran poeta inglés, soldado también, contra la tiranía. No: Miguel era un poeta muy otro que Lord Byron. No hemos de poner en su

alma ni un grano de romanticismo circunstancial y de ocasión. Miguel va en la galera *Marquesa* mareado, asfixiado, comido de pulgas y piojos, asqueado por las groserías de la chusma, lleno de todas las aprensiones posibles, menos de miedo. Los héroes de leyenda, los bravos de atezado rostro, despiértanle un interés grande, pero que pronto, con el trato, se amengua y disminuye. Un héroe á diario es un ser insoportable.

En la galera, que tiene escasísimo tonelaje, van cientos de forzados, de marineros y hombres de armas. Miguel va deseando saltar á tierra, lavarse cara y manos, lujo imposible en aquellos recintos de tortura, y mover brazos y piernas. En estos pensamientos, la costa corfiota le aparece como una de las riberas del Paraíso terrenal. Acércanse á ella, y un pormenor, en que los demás no se fijan, extasía á Miguel. Junto á la desembocadura de un manso río, solas mirándose en las aguas, dos olivas, una silvestre ó acebuche, de afiladas hojas, y otra machote, sin ingeritar, de acarrascada pinta, parecen dos amigos que se confían algún secreto. El paraje es tan sugestivo, que á Miguel le asalta un recuerdo clásico: el de la llegada de Ulises á la tierra de los Feacios, en el canto V de la *Ulisea*; y ya que no en griego, rumia en la traducción latina que le enseñó el Licenciado Jerónimo Ramírez, ó que acaso leyera en Sevilla con algún alumno de la casa de Maese Rodrigo, los consoladores versos homéricos:

..... *duo autem inde subiit arbusta*
ex uno loco enata, hoc quidem, oleastri, illud autem oleæ.....

Y Miguel, con el estómago levantado y la cabeza vacilante, recuerda las fatigas del héroe griego, y como él considera providencial asilo la playa de Corfú. Después hace memoria, y cae en la cuenta de que su imaginación no era vana. Aquella playa es la playa misma de los Feacios, que acogió benéfica á Ulises el errante. Aquel río es el río donde lavaba Nausicaa, la virgen de los brazos cándidos.... Allí, en un recuesto, se divisa el sagrado bosque de álamos blancos que los ascendientes del Rey Alcinoo advocaron á Minerva, la diosa de la sabiduría. La ima-

gen del aventurero, del prudente Ulises alborozó el corazón de Miguel. Pronto, tripulaciones y soldados saltan á tierra, y Miguel se regala el oído oyendo hablar el dialecto jónico, tal como en el banquete de Alcinoos lo cantaba ó declamaba Demódoco, el vate del viejo poema. La suavidad del clima jónico le baña el espíritu á Miguel, y las aguas del río caro á Nausicaa bañan su cuerpo.

Pero, por desgracia, los hombres del día no son como los héroes de la Iliada. La isla de los Feacios, Corfú en lenguaje moderno, es una bella isla donde se padecen continuamente cuartanas. Miguel cae enfermo con la calentura, y se traslada á la galera *Marquesa*. Allí se acurruca en un rincón, tiritando, se abrasa, delira, se encuentra solo entre una muchedumbre de soldados que juran, gritan, beben y á quienes no se les da nada que haya entre ellos un enfermo, ó dos, ó ciento, porque están hechos á beber y vivir entre montones de cadáveres, y no tienen olfato ni cutis para las miserias ajenas ni para las propias. Sólo hay entre aquellos basiliscos un hombre humano y compasivo. Llámase Mateo de Santistéban: es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón, alférez de la compañía aumentada en Nápoles al tercio de Moncada, la cual manda el capitán Alonso de Carlos. Santistéban atiende á Miguel á ratos; tal vez avisa á su capitán, Diego de Urbina, y este valiente alcarreño anima á su medio paisano el de Alcalá de Henares, cuya fisonomía no le es desconocida, entre las otras doscientas de los soldados á sus órdenes. Mas tanto Urbina como Santistéban tienen mando, y con él mil cuidados é incumbencias. Cervantes pasa lo más recio de la calentura solo y desamparado en su rincón, mal envuelto en una frazada, por donde las chinches pululan, y defendiéndose de las ratas, que de noche, y aun de día, en la obscuridad de la bodega, acuden á roerle las botas.

La fiebre y la impaciencia abrasan á Miguel. Un día y otro oye noticias de los movimientos de la Armada. Los soldados viejos hablan poco de esto y mucho de vino y de pendencias. Los bisoños disparatan lindamente, y mal disimulan el miedo que va invadiéndoles al sentir acercarse la acción. Miguel no sabe en qué

día vive ni qué hora es. Amodorrado y enflaquecido, le sostiene la esperanza, la fuerza misteriosa que guía las escuadras y los mundos.

Una mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algarada se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma! son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuadernas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alférez Santistéban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojoso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel, ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel, no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían dél, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Castañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses: — “Señores — dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá — en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso y allí estaré y mo-

riré peleando». Con estas generosas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, meneaba la cabeza pesaroso y, como quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquiife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras, ó en su postura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se otea y divisa el lugar de la batalla y por entre los girones que en nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas galeras tratan de engarrar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en ligero esquiife sobre las aguas, mensajero de la victoria, el colorado y rubio rostro surgiendo bajo el casco argentino, un hermoso mancebo semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Señor Don Juan, la espada desnuda cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y centellean en las bandas ó se hundén silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, victor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los agueridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebenca-

zos crueles del cómitre. Más de lo que los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica.—Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces “embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó—, bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la

fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discorrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina Doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la Marquesa acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad como lo cuenta él mismo:

“...En el dichoso día que siniestro tanto fué el hado á la enemiga armada cuanto á la nuestra favorable y diestro, de temor y de esfuerzo acompañada, presente estuvo mi persona al hecho, más de esperanza que de fuerza armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho y de bárbara gente y de cristiana rojo en mil partes de Neptuno el lecho.

La muerte airada con su furia insana aquí y allí con priesa discurriendo, mostrándose á quién tarda, á quién temprana.

El son confuso, el espantable estruendo, los gestos de los tristes miserables que entre el fuego y el agua iban muriendo.

Los profundos suspiros lamentables que los heridos pechos despedían maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían cuando en el son de la trompeta nuestra su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz de vencedora muestra, rompiendo el aire, claro el son mostraba ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo triste estaba, con la una mano de la espada asida y sangre de la otra derramaba.

El pecho mío de profunda herida sentía llagado, y la siniestra mano estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano que á mi alma llegó viendo vencido el crudo pueblo infiel por el cristiano,

Que no echaba de ver si estaba herido, aunque era tan mortal mi sentimiento que á veces me quitó todo el sentido...”

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto; movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera Marquesa había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empuñados, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfantes de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil forzados que en las ga-

leotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:— ¡Vitor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, vitor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto.

Dos frailes que iban á bordo repitieron, inspirados, las palabras santas, extrañamente proféticas, que después recordó la Europa entera, desde el Pontífice Pío V hasta el último sacerdote de aldea: *Fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes...* Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre era Juan...

CAPÍTULO XIV

EL SABOR DE LA GLORIA.—VICTORIA INÚTIL.—MESSINA.

EL HOSPITAL

El sabor de la gloria no es dulce ni salado, ni amargo ni acedo, ni deja ser gustado á tenazón y de improviso. Sus puntos y sazónes requiere para ser paladeado. ¿Qué diremos del sabor de una gloria tan grande cual la de Lepanto, aquel combate en que las naves enemigas fueron todas presas ó aniquiladas, salvo unas pocas del rey de Argel que pudieron escapar; en que fué muerto el almirante turco y prisioneros sus hijos, y en que por fin, al concluir la acción, se vió la trabajada escuadra de los cristianos repuesta con lo mejor de la armada turca? Triunfo tan completo no recordaba nadie y por eso en años y años no fué menester nombrar á Lepanto, sino decir únicamente *la batalla naval* para dar á entender de cuál se trataba. Cervantes paladeó orgullosa y golosamente años y años aquel gusto sabrosísimo del triunfar, y ya casi moribundo se envaneció de haberse hallado en ella, de haber tenido *aunque humilde, parte en la victoria*. El día glorioso de Lepanto fué el mejor de su vida. Así hay que estimarlo y comprenderlo, como él quiso que constara cien veces á los siglos, y no otra intención llevan sus repetidos razonamientos sobre la ventaja que hacen las armas á las letras. No nos engañe el aprecio en que hoy tenemos á la literatura y al arte. Cervantes, como su adorado Garcilaso, como sus admirados Aldana y Ercilla, fué ante todo y sobre todo un soldado, y estimó la profesión militar, según el pensar de su época, por la